

Guadalupe Dueñas, 1920-2002

Leonardo Martínez Carrizales *

En 1993, entrevisté varias veces a Guadalupe Dueñas en su domicilio con el propósito de obtener el material suficiente para elaborar un texto de carácter biográfico sobre su persona. Poco antes, había leído atentamente la biografía de Alejandro Gómez Arias escrita por el investigador Víctor Díaz Arciniega con base en una larga serie de conversaciones. Díaz Arciniega transcribió, organizó y editó los testimonios grabados de aquellas pláticas, para luego construir un relato en primera persona. Esta labor no sólo supuso una acreditada competencia en el ámbito de la historia y las ciencias sociales, sino también una muy estimable sensibilidad narrativa. Entonces me propuse seguir el ejemplo del cuidadoso investigador aplicando sus instrumentos y emulando sus hábitos de trabajo en el caso de Guadalupe Dueñas, una de las narradoras más significativas del siglo XX mexicano.

En 1991, esta escritora había publicado el que en definitiva sería su último libro: *Antes del silencio*. Con este volumen, Dueñas puso fin a un sólido, controlado y profundo proyecto narrativo; un proyecto sustentado tanto en el dominio del estilo como en la cabalidad de la persona, de acuerdo con las orientaciones conservadoras que su entorno imprimió en su ejercicio literario. En Guadalupe Dueñas, la literatura no podría deslindarse plenamente de la moral; quiero decir, la vigilancia que una persona aplica a su propia voluntad y a su propia conducta. Extraño código de comportamiento y de creación en el cuadro romántico de

nuestro sistema literario, según el cual la literatura se ha alzado con ciertos derechos de exclusión respecto de la vida de todos los hombres, de todos los días. En vez de ello, Dueñas moderó toda aspiración del escritor de nuestros días a la originalidad, con base en una experiencia más equilibrada y armónica de la propia vida. Todo acontecimiento literario, para ella, se encontraba radicado en una provincia de la propia experiencia y no en un elaborado sistema de coordenadas culturales.

Recuerdo haber expuesto telefónicamente a Guadalupe Dueñas mis propósitos. Ella aceptó colaborar conmigo más por curiosidad que por convicción. De este modo, me recibió con una sencillez un tanto infantil; sería mejor decir: inocente. Inocente e infantil si se piensa que quien me abrió las puertas de su casa con tal sencillez, con tal cordialidad, era una escritora de pocos lectores pero con una sanción plena por parte de la vieja, tradicional y masculina república literaria de México. Una narradora vigilada por el juicio de Alfonso Méndez Plancarte, asistida por el consejo de Alfonso Reyes, hospedada en las influyentes revistas *Abside* y *Revista Mexicana de Literatura*, antesalas de la canónica colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica (*Tiene la noche un árbol*, 1958). En ella confluían algunas de las claves centrales de la literatura mexicana del siglo XX. Sin embargo, antes que este vivo testimonio de nuestra cultura, recuerdo sus salidas ingeniosas, la risa abierta, los diminutivos y las voces coloquiales que utilizaba con gracia. Había en ella un don, la inocencia, que



* Escritor y crítico literario

reducía todos los afanes del mundo a la pequeña, tornadiza, conmovedora medida de la experiencia personal. En ella no tenía cabida ese absceso del yo que quisiera ocultar la insignificancia de nuestros empeños. Había en ella una mirada clara, un juicio sereno y una alegría esencial dictados por la piedad y por un corazón limpio.

Comenzaron las sesiones grabadas; en lo posible, traté de conducir a Guadalupe Dueñas a los orígenes de sí misma y de su vocación. El intento fue inútil: era imposible reducir a un guión biográfico tanta espontaneidad, tanta alegría, tanta fuerza. Lejos de construir una imagen pública con valor de uso en el mundillo literario, Guadalupe Dueñas evocaba con júbilo la cuota que le correspondía en los avatares del mundo. Una humildad esencial recorría sus frases deshilvanadas, sus digresiones súbitas, sus palabras interrumpidas... Se dirá que idealizo la escena por un exceso de simpatía. Creo que no: guardo muy bien para mí el testimonio de humanidad del cual fui espectador aquellas tardes.

La Semana Santa se aproximaba. Guadalupe Dueñas quiso suspender los encuentros al comienzo de la Cuaresma con el propósito de dar cumplimiento a sus ejercicios espirituales. Me pidió que volviera a hablarle algún día de la semana de Pascua. Así lo hice. Entonces, la escritora me comunicó que ya no sería capaz de seguir adelante con el proyecto. ¿Cuál era la causa de semejante decisión? Un examen de conciencia practicado durante la semana mayor; un acto de contrición ante la vanidad que implica el convertirse en tema de una biografía. ¿Qué biografía puede tener una criatura de Dios? No, no más actividades distractoras de su preparación espiritual hacia la muerte; preparación que se proponía llevar a cabo en lo sucesivo. Se disponía a velar en espera del Señor, y la visita no había de sorprenderla sin aceite en la lámpara. No

más entrevistas. Insistí poco después. Ella ratificó sus razones.

La noticia de su muerte acaecida en enero de este año me sorprendió en los periódicos. Una noticia escueta, sin ninguna consecuencia en las revistas y los suplementos literarios. Así van desapareciendo los valores más profundos de las letras mexicanas del siglo XX. El polvo al polvo. Guadalupe Dueñas tenía razón. †

